

## ATRÉVETE A SER SACERDOTE

Ordenación sacerdotal de Alejandro Campos. Catedral Metropolitana de Badajoz  
(13 de septiembre de 2025)

Querido Don Celso, queridos Don Alejandro, Vicarios, Delegados y demás sacerdotes; queridos consagrados, familiares de Alejandro, particularmente sus padres y hermana; queridos jóvenes; hermanos y amigos todos, los que llenáis hoy esta Catedral metropolitana y los que nos seguís por los medios de comunicación de la Archidiócesis: ¡El Señor os dé la paz!

“Gracias porque me has pensado, gracias porque me has amado, gracias porque me has llamado”. Esa era el canto/oración de santa Clara poco antes de morir. Esa es el canto/oración que hoy dirigimos al *Padre de las misericordias* por el don del hermano Alejandro que en breve será consagrado sacerdote del Señor: Gracias Padre porque lo has pensado, gracias porque lo has amado, gracias porque lo has llamado.

*Alégrate, exulta, regocíjate* Iglesia de Mérida-Badajoz (cf. *So 3, 14*) porque el Señor sigue siendo bueno contigo y hoy te regala un nuevo sacerdote. Felicidades Iglesia que peregrina en esta tierra extremeña. Felicidades hermano Alejandro porque el Señor te miró con amor de predilección y te dijo “sígueme” (cf. *Mt 9, 9*).

Querido hermano Alejandro: el texto que escogiste como primera lectura nos presenta la vocación de Jeremías (cf. *Jr 1, 4-9*). Un profeta que vivió en tiempos muy duros para su pueblo. Su misión, la de “arrancar, destruir y demoler, reedificar y plantar” (*Jr 1, 10*) no fue nada fácil. Por ser fiel a ella se ganó críticas, ataques y persecuciones. Jeremías no quiere ser profeta, pero reconoce que desde siempre estuvo unido a Dios. Él lo formó, lo tejió en el seno de su madre, lo consagró y lo hizo profeta, es decir: portavoz suyo ante el mundo. Jeremías también pone reparos, pero Dios lo vence, como hace siempre: “No importa –le dice- no tengas miedo, yo estoy contigo y te cuido”.

Querido Alejandro: seguro que en este relato vocacional también tú te reconocerás. Seguro que podrías decir como Jeremías: *Me formaste y me elegiste en el seno materno*. Consciente de las dificultades que hoy comporta el ser sacerdote y la misión que se te encomienda, puede que alguna vez sintieras miedo. Tal vez como Jeremías en un primer momento le dijiste: No pienses en mí, soy demasiado joven para la misión que me encomiendas (cf. *Jr 1, 4-9*), o como Isaías te sentías indigno, “hombre de labios impuros” (*Is 6, 5*). Hasta pudiste pensar en no acordarte más de esa invitación (cf. *Jr 20, 9*). Puede, también, que pelearas con el Señor, como lo hizo Jeremías. Pero el Señor te seguía seduciendo y su palabra “sígueme” seguía quemándote por dentro (cf. *Jr 20, 9*). Y al final Él fue más fuerte que tú y te venció (cf. *Jr 20, 7*). Y en medio de las dudas y de los miedos la palabra del Señor resonó en tu corazón: “No tengas miedo, yo estoy contigo y te cuido” (cf. *Jr 1, 8*). Y entonces desde la fe pronunciaste tu Sí y como María de Nazaret dijiste: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, “hágase en mí según tu palabra” (*Lc 1, 38*), y ante la pregunta del Señor: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá de nuestra parte?”, superando miedos y dudas, fiándote sólo del Señor (cf. *Lc 5, 5*), respondiste sin vacilar: “Heme aquí, envíame” (*Is 6, 8*).

Ahora, ante ti como ante todos nosotros sacerdotes se presentan diversos desafíos. Y el primero es el de ser hombre de fe y confiar en el Señor renovando cada día la certeza que Él está contigo y cuida de ti. Hoy te dice el Señor: *Cree Dios, cree también en mí* (*Jn 14, 1*).

Otro de los desafíos que se te presenta es ser hombre de oración, de mantener una relación íntima y constante con Dios: habla con Él cara a cara, como Moisés (cf. Ex 33, 11), trata con Él de amistad (Santa Teresa), pues esa es la esencia de la oración. En todo momento escucha al Señor, pues solo así podrás ser portavoz suyo, aunque por ello tengas que sufrir, como todo profeta verdadero. Jeremías es un buen ejemplo de ello. Sé hombre de oración, permanece unido a Él, arraigados, edificado en Él, afianzado en la fe que nos enseñaron (cf. Col 2, 6). De la oración obtendrás luz y fuerza para tu ministerio pastoral y para interceder por el pueblo fiel. La oración está en el corazón del ministerio sacerdotal. Solo así la actividad sacerdotal quedará transfigurada.

Querido Alejandro: Pon la oración en el centro de tu vida y de tu ministerio, la litúrgica y la mental. Sé en tu vida Marta y María a la vez. Y recuerda que llevas el tesoro de la vocación, como lo llevamos todos los sacerdotes, en vasijas de barro (2Cor 4, 7). Cuídala, cuidémosla. Sin Jesús y sin el Espíritu que hoy se derrama de una manera especial sobre ti y que vive de un modo singular desde hoy dentro de ti para capacitarte para la misión sacerdotal, *no podrás hacer nada* (cf. Jn 15, 5).

El ministerio sacerdotal que hoy recibes es un carisma, es decir, un regalo del Espíritu Santo; un carisma para utilidad de la comunidad que te será encomendada; un carisma destinado a construir una comunidad más sensible a Dios, más unida y más entregada a la sociedad y a los pobres: "Sacado de entre los hombres para servir a los hombres" (Heb 5, 1), a los de cerca y a los de lejos (cf. Ef 2, 13-18). Sin descuidar las ovejas que están en el redil, no dejes de salir a buscar a los alejados, a los que han salido de casa o del redil (cf. Lc 15, 3-7). Esa es parte de tu misión, misión que ha de ser vivida a tiempo pleno, en todo momento. El sacerdocio no se puede vivir "part time" o al 50%.

Un carisma que ha de ser vivido en el servicio: "No vine a ser servido, sino a servir" (Mt 20, 28). Todo carisma convierte a quien lo recibe en servidor de los servidores. Ese servicio lo vivirás siendo ministro de la inquietud, despertando en los cristianos de tu comunidad y en la misma comunidad del presbiterio al que perteneces los carismas dormidos. Sé una persona que inquieta a los que viven o vivimos demasiado tranquilos y dinos: No te duermas, hay que servir, no hay mayor alegría que servir. Despertar los carismas y armonizarlos, como un director de coro armoniza y empasta las voces diferentes para lograr una pieza musical bien entonada. Esa es una de las manifestaciones importantes de tu misión.

Tu carisma sacerdotal lo vivirás a través de la predicación del Evangelio. El Señor te ha ungido para "anunciar a los pobres la Buena Nueva..." (Lc 4, 18). El pondrá sus palabras en tu boca (cf. Jr 1, 9). Sé fiel a lo que él te diga. Nunca caigas en la tentación de predicarte a ti mismo, *predica a Cristo el Señor* (cf. 2Cor 4, 5). Y para ello, escúchale en la oración. El mundo no necesita de tus palabras, no necesita de nuestras palabras, necesita y está sediento de la palabra del Señor.

Tu carisma lo vivirás también celebrando los sacramentos, particularmente celebrando la Eucaristía y el sacramento de la reconciliación. Desde ahora eres un *alter Christus* siempre, pero lo serás especialmente cuando celebres la Eucaristía y pronuncies aquellas sanadoras palabras: "Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre..." (Lc 22, 14ss), o cuando pronuncies aquellas otras: "Yo te absuelvo de todos tus pecados". Es para ponerse a temblar. Celebra la Eucaristía como si fuera la primera y la última que celebras. No te acostumbres a celebrarla y no prives al pueblo que te es encomendado de lo que justamente para la Iglesia es "culmen" de toda la vida

cristiana. Vive a fondo la espiritualidad eucarística y tu vida se convertirá en don para los demás. Cuida en tu vida el sacramento de la reconciliación y adminístralo con frecuencia.

Queridos hermanos: Mientras nos alegra el compromiso de los laicos en la tarea de la evangelización y queremos promoverla lo más posible, al mismo tiempo pidamos ardientemente para que no falta en la Iglesia de Mérida-Badajoz este carisma básico e insustituible que es el presbiterado. Muchos carismas pueden morir. Éste no puede morir. Nuestra archidiócesis necesita que despunte una generación de jóvenes dispuestos a entregar lo mejor de su vida a la gente, también como sacerdotes. En este contexto pido a los sacerdotes que sean ministros de la inquietud vocacional. A los padres os pido generosidad con el Señor. A los jóvenes os digo: Abrid vuestro corazón a la llamada del Señor. Pregúntate seriamente si el Señor no te estará llamado a ser sacerdote. A todos os suplico que pidáis al Espíritu que deshaga los miedos y los prejuicios y que suscite el milagro moral en los jóvenes de atreverse a ser sacerdotes. *Fiat, fiat, amén, amén.*